

---

---

## SEXTO SERMON.

---

La Iglesia Católica, complemento de la obra de Jesucristo: única depositaria de los tesoros de la Redencion.

*Ipsum dedit caput supra omnem  
Ecclesiam, quæ est corpus ipsius, et  
plenitudo ejus, qui omnia in omni-  
bus adimpletur.*

(Ephes. I, 22, 23.)

**C**ONOCEMOS ya, Señores, el designio eterno de Dios sobre la humanidad, á la que quiso unir consigo mismo del modo más admirable, para que por su medio todas las cosas se elevasen hasta el Criador, y hemos visto á Jesucristo que, realizando este grandioso designio, enseña al hombre la verdad, comunica al mundo la vida de la gracia, abre las fuentes de los Sacramentos, que la derraman en abundancia, y da á todos los hombres la potestad de hacerse hijos de Dios (1), y de aspirar á la union eterna é indisoluble con él en la posesion de su misma gloria. Pero no basta esto para la consumacion del plan

---

(1) Joann. I, 12.

divino: Dios hace todas las cosas acabadas y perfectas, y no era propio de su infinita sabiduría dar la verdad al mundo, y entrando despues en su perfecto reposo, dejarla expuesta á las injurias del tiempo, como vano asunto de las disputas de los hombres. Bien pronto se habria visto oscurecida por la falsa y orgullosa ciencia de los que, no pudiendo sufrir su brillo, y no queriendo amoldarse á ella, la hubieran adulterado, como han tratado de hacer los herejes de todos los siglos. Era preciso además hacer llegar esa verdad y esa vida á todos los pueblos, y hacerla vencer en duracion á todos los siglos, porque la bendicion en Jesucristo fué prometida á todas las tribus y generaciones (1), y la voluntad de Dios es que se salven todos los hombres, llegando todos al conocimiento de la verdad (2). El testamento, que llamaba á la humanidad á la herencia del cielo, estaba cerrado, y era preciso romper sus sellos, promulgarle, explicarle, hacerle aceptar por el mundo, y aplicar luego sus frutos á la humanidad hasta su eterno cumplimiento (3). Esto no podia ser obra del hombre, y Dios, que habia dado el primer paso, dió el segundo, y fundó su Iglesia, que dotada de la infalibilidad, y siendo universal y perpétua, pudiera acercar á los hombres de todos los pueblos y de todos los siglos, y formar de ellos una sola familia, educada en la doctrina del Evangelio, segun saliera de los lábios del divino Maestro, y elevada por sus Sacramentos á la sublime grandeza de la regeneracion. Esta es la Iglesia Católica, fundada por Nuestro Señor Jesucristo sobre la firme piedra, contra la que se estrellarán siem-

---

(1) Gen. XII, 3; XVIII, 18.

(2) I Tim. II, 4.

(3) Apoc. V.



pre sus enemigos, el error, la fuerza y el vicio (1), y que lavada y fecundada con la sangre de su eterno esposo para parecer ante él sin mancha ni ruga (2), da á luz continuamente innumerables hijos para el cielo, sostenida siempre por el que dijo: Hé aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumacion del siglo (3).

El establecimiento de la Iglesia es la consumacion de la obra de Jesucristo, y el complemento de la restauracion de todas las cosas segun el designio eterno, porque es el medio de hacer perpétuos y universales los frutos de su Encarnacion, de su doctrina y de su sacrificio. Esto es lo que vamos á examinar hoy, considerando á la Iglesia Católica como única depositaria de los tesoros de la Redencion.

#### PRIMERA PARTE.

Al desenvolver, Señores, mi proposicion sobre la Iglesia, no tanto me propongo considerarla como el gran cuerpo de los fieles, como la sociedad de los hombres, que agrupados en torno de la enseña victoriosa enarbolada en el Gólgota, confiesan con el Centurion, que el Crucificado es en verdad Hijo de Dios (4), creen su doctrina, obedecen sus preceptos, se valen de los medios de salud que les legó en sus Sacramentos, fruto precioso de su sangre, y se someten á los que él mismo dejó para hacer sus veces sobre la tierra; cuanto fijarme principal-

(1) Matth. XVI, 18

(2) Ephes. V, 27.

(3) Matth. XXVIII, 20.

(4) Id. XXVII, 54.

mente en el cuerpo de estos mismos sucesores de Jesucristo, en los elementos constitutivos de la Iglesia, en su maternidad fecunda, en su ministerio, que es el mismo de Jesucristo; en una palabra, en la Iglesia docente, que es la encargada de regir y gobernar esta gran sociedad. ¿Qué es la Iglesia en este sentido? Es un cuerpo que enseña lo que es necesario creer, prescribe lo que se debe practicar, y dispensa los auxilios espirituales y las gracias necesarias para nuestra regeneracion moral en Jesucristo.

A ocuparme de ella me mueve, hermanos míos, no solo el deseo de completar el plan que me propuse desarrollar en estos días para descubrir las inefables riquezas de la Religion Católica, sino el ver que gran número de escritos modernos tienden á separar de la Iglesia el Catolicismo, para convertirlo en una religion puramente especulativa, como los sistemas filosóficos, y entregarle, como hace el protestantismo, al juicio y á la voluntad de cada uno. Se quiere un cristianismo sin Iglesia; es decir, se quieren ciertas verdades religiosas de las que cada uno sea el juez, cierta moral que se atempere á las inclinaciones particulares, y hasta cierto culto que se practique segun plazca á quien le admita; pero no se quiere, se resiste un magisterio que enseñe el dogma, una autoridad que prescriba la moral y ordene la disciplina y el culto. Se admiten relaciones entre Dios y el hombre, pero no se quiere consentir en un intermediario elegido por Dios mismo para fijar y mantener esas relaciones. Se quiere, en una palabra, una religion obra del hombre y no de Dios; y la Religion, como os demostré otro día, no puede ser sino obra de Dios. La Religion cristiana deja de serlo, desde que en todo ó en parte se separa de la institucion de Jesucristo; y Jesucristo la ha vinculado en su Iglesia, que es su esposa, su cuerpo



místico, animado de su espíritu, y en un todo identificado con él.

Si Jesucristo hubiese obrado como suponen los que esto quieren, no habría hecho sino fundar á lo más una nueva escuela, añadir un nuevo sistema á la multitud de sistemas filosóficos, morales y religiosos, que en el curso de los siglos se han dividido el mundo, naciendo hoy para morir mañana, como obra de hombres, á manos de sus mismos secuaces, ansiosos en su orgullo de sobreponerse á sus fundadores para llamarse maestros de la humanidad. Más aún: hubiera dado lugar á que se negase su divinidad, porque su obra no habría salido de la esfera de lo humano, no sentándola sobre base sólida y eterna, ni dándole medios eficaces para desarrollarse, crecer, abarcar el mundo, vencer en duracion á los siglos, y regenerar al género humano en todo lugar y en todo tiempo. Él mismo lo dice: ¿Quién es el que tratando de levantar magnífica y gigantesca torre, no cuenta antes los medios de que dispone y prepara lo necesario, para no verse precisado á abandonar su obra, y ser objeto de la burla y el desprecio de los transeuntes? ¿Quién es el rey que, queriendo luchar con otro para destronarle, no medita sobre la extension de sus fuerzas, para no verse en la necesidad de humillarse y buscar transacciones que le acrediten vencido? (1)

Jesucristo vino del cielo para levantar sobre la tierra majestuosa torre espiritual, que teniendo por base el mundo todo, tuviese por corona el mismo cielo: vino á arrojar del mundo al príncipe de las tinieblas, que le dominaba injustamente (2), para fundar el reino de Dios,

(1) Luc. XIV.

(2) Joann. XII, 31.

y para uno y otro designio debía preparar, y preparó, los medios eficaces y necesarios. Por ello su obra es eterna, y ni los hombres, ni el tiempo, ni el infierno pueden destruirla (1).

Desde la eternidad, Señores, preparó estos medios, diseñando en su mente divina esa obra admirable de su bondad, y haciéndola brillar ante él como tipo hermoso que se complacía en figurar en todas sus obras. El designio eterno de Dios, de unir á sí la naturaleza humana por la Encarnacion del Verbo, para comunicar al hombre las inefables riquezas de su amor y de su gracia, forma, segun San Pablo, el pensamiento especial del Padre, su misterio por excelencia, el gran sacramento de la piedad divina (2); y á su lado aparece el plan de la Iglesia, destinada á perpetuar esa union maravillosa, enlazando á todos los hombres con Jesucristo para que sean participantes de la divina naturaleza. Por ello, San Juan la contempló como bajada del cielo, esposa hermosísima, ataviada con galas divinas para recibir á su esposo, unirse á él y darle innumerable descendencia (3). Por ello, así como Jesucristo es figurado en las obras divinas, así lo es tambien la Iglesia, como queriendo Dios ensayarla, y complacerse en ella en todo tiempo.

Recordad, hermanos, la palabra de San Pablo, cuya explicacion os di en mi primer discurso: el primer Adán es la figura de Jesucristo (4); y cuanto en él sucediera para llevar á término el plan divino en el orden de la creacion, es un símbolo de lo que realiza el segundo

(1) Matth. XVI, 18.

(2) Colos. I, 26.—I Tim. III, 16.

(3) Apoc. XXI.

(4) Rom. V, 14.



Adan en el orden de la regeneracion. De aquel dijo Dios luego de haberle criado: «No es bueno que esté solo: hagámosle ayuda semejante á él mismo, para que por su medio se multiplique, y se perpetúe sobre la tierra el género humano (1). Para formar á la mujer habla consigo misma la Trinidad augusta como al decidir la creacion del hombre, y ejecutando su decreto, infunde á Adan sueño misterioso, en el cual, dice San Agustin, le revela los altísimos misterios que en él se figuran y en el segundo Adan han de tener su cumplimiento (2). Toma entonces del hombre una de sus costillas, forma á la mujer, y se la presenta á aquel, diciendo que era hueso de sus huesos, y los dos una misma carne (3), y como un mismo sér duplicado para multiplicarse; y bendiciéndoles, añade: Creced, multiplicaos, llenad la tierra, mandad á todas las criaturas (4).

El Apóstol San Pablo, por cuyo ministerio quiso Dios revelarnos las inestimables riquezas de la redencion (5), nos dice que esta union encierra un gran misterio, la union de Cristo y de su Iglesia (6). Del mismo modo que en el orden de la creacion, así tambien en el de la restauracion, dice San Bernardo, no era bueno que el hombre estuviera solo (7); convenia á la ejecucion del plan divino, que tuviese una esposa semejante á él, formada

(1) Gen. II, 18.

(2) Illa extasis, quam Deus immissit in Adam, recte intelligitur ad hoc immissa, ut et ipsius mens per extasim particeps fieret tanquam angelicæ curiæ, et intrans in sanctuarium Dei intelligeret in novissima. Denique, evigilans tanquam prophetiæ plenus, etc. (S. Aug., *de Gen. ad Litt.*, lib. 9, cap. 19.)

(3) Gen. II, 23.

(4) Id. I, 28.

(5) Ephes. III, 8.

(6) Id. V, 32.

(7) S. Bernard., *Sermo in Signum magnum*.

de él mismo, que le diese descendencia multiplicada sobre las estrellas del cielo y las arenas del mar. Al efecto, dice San Agustin, así como Adan entró en profundo sueño para que de él formase Dios á Eva, madre de todos los vivientes segun la naturaleza (1), así Jesucristo se duerme sobre la Cruz con el sueño de la muerte, para que sea formada de él mismo la Iglesia, que es la segunda Eva, madre de todos los vivientes en el orden de la gracia. Cuando se durmió Adan, continúa el mismo, tomó Dios uno de los huesos de su costado para formar la primera mujer; y cuando Jesucristo murió en la Cruz, se le abre su costado con una lanza, á fin de que el agua y la sangre que de él se derraman, formen los sacramentos que deben santificar á la Iglesia y hacerla digna de él (2). San Pablo lo habia dicho antes: Cristo amó á su Iglesia y se entregó á la muerte por ella, á fin de santificarla, purificándola con el bautismo de agua por la palabra de vida, para presentársela á sí mismo gloriosa, santa y sin mancilla (3). Ella es carne de su carne y hueso de sus huesos (4), y por ella, y solo por ella, la única escogida por esposa (5), ha de multiplicarse en la tierra la gran familia de los hijos de la regeneracion, de los hijos adoptados por Dios y llamados á la posesion de su eterna herencia. Ella sola, por lo mismo, participa del

(1) Gen. III, 20.

(2) Dormit Adam ut fiat Eva: moritur Christus ut fiat Ecclesia. Dormienti Adæ fit Eva de latere; mortuo Christo, lancea percutitur latus, ut profluant sacramenta, quibus formetur Ecclesia. Cui non appareat, quia in illis tunc factis futura figurata sunt, quandoquidem dicit Apostolus ipsum Adam formam futuri esse? Qui est inquit, forma futuri. Præfigurabantur omnia mystice. (S. Aug., *Tract. 9 in Joann.*, cap. 2.)

(3) Ephes. V, 25 et seq.

(4) Id. id., 30.

(5) Cant. VI, 8.



espíritu de Jesucristo; ella sola posee su corazón; ella sola es la vida y la madre de los vivientes; ella sola, en fin, la depositaria de los tesoros del esposo para repartirlos entre sus hijos.

De un solo hombre, dice el Apóstol, hizo Dios nacer todo el género humano (1), pero nace de él por medio de la mujer su esposa, primera dilatación de sí mismo, y cuyo ministerio le es preciso, según la disposición divina, para multiplicarse en sus hijos. Así también de Jesucristo nacen todos los hombres, hijos de Dios por la gracia, pero no nacen sino por el ministerio de su esposa la Iglesia, primera dilatación de él mismo. Nada fué hecho sin el Verbo de Dios, dice San Juan (2); nada se restaura sino por el mismo Verbo hecho hombre (3). Sin Jesucristo no hay regeneración, no hay adopción de hijos de Dios, no hay unión con Dios, ni esperanza de felicidad eterna para el hombre; pero Jesucristo no comunica esta vida y estos dones sino por la Iglesia, que es su esposa, dice San Pablo, y el complemento de él mismo, para que lo llene todo en todo (4). Así como la formación de la mujer fué el complemento de la creación del hombre, así la de la Iglesia es la consumación de la obra divina para la regeneración del género humano, y es indispensable nacer de ella, estar en su seno, que es el cuerpo de Cristo, para vivir del espíritu de Cristo (5), sin el cual nadie le pertenece, ni puede llamarse hijo de Dios (6).

(1) Act. XVII, 26.

(2) Joann. I, 3.

(3) *Incarnatio opus restorationis est.* (S. Aug., *de Subst. Dilect.*)

(4) Ephes. IV.

(5) *Si enim separatur a corpore Christi, non est membrum ejus: si non est membrum ejus, non vegetatur spiritu ejus.* (S. Aug., *Tract. 27 in Joann.*)

(6) Rom. VIII, 9, 14.

Según esta doctrina del Apóstol, la Iglesia es una dilatación de Jesucristo, una misma cosa con él, como la cabeza y los miembros no forman sino un cuerpo, como el esposo y la esposa no forman sino una carne (1). Nada es ella sin Jesucristo, pero con él lo es todo: instituida por él mismo y á él unida, continúa su obra sobre la tierra, le manifiesta, le perpetúa al través de los siglos en los hijos que le da á luz. Esta es su razón de ser, esta su gloria, este su ministerio y el fundamento de su poder.

Examinemos, pues, esta institución fundamental de Jesucristo. Un día, después de resucitado, aparece á sus Apóstoles, y les dice: «De la misma manera que el Padre me ha enviado á mí, os envío yo á vosotros (2);» y queriendo mostrar que les comunica su propia vida y su propio espíritu, inspira, sopla sobre ellos, y les dice: «Recibid al Espíritu Santo.» (3) ¿Quién no encuentra misteriosa esta acción y esta palabra del Hijo de Dios, que reproduce lo que en la creación hiciera al inspirar sobre Adán soplo de vida para hacerle ánima viviente (4), para darle una alma inmortal como él mismo, y vincular en él la fecundidad con que se multiplicase en su descendencia sobre la tierra? Otro día los reúne de nuevo y les dice: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra:» yo os lo transmito á vosotros, enviándoos como el Padre me ha enviado á mí: «Id, enseñad á todas las naciones; bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles á cumplir todo

(1) I Cor. XII, 12.—II Matth. XIX, 5.

(2) Joann. XX, 21.

(3) Id. id., 22.

(4) Gen. II, 7.



lo que yo os he mandado: yo estoy y estaré con vosotros hasta la consumacion del siglo.» (1)

Recordad que cuando hubo criado á la mujer, bendijo el Criador á los primeros padres, y les dijo: Creced, multiplicaos, extendeos por toda la tierra, dominad sobre ella, y vuestro poder, vuestra autoridad, que recibís de mí, vuestro temor, hágase sensible á todas las criaturas (2). De la misma manera, luego de formada la Iglesia, dice el Redentor á los padres de la humanidad regenerada: Id, dilataos, llenad el mundo, reengendrad á todos los pueblos, llevadles mi doctrina, mi ley y mi gracia. Yo os hago mis representantes, y os concedo el mismo poder que he recibido de mi Padre: más aún, estoy con vosotros como principio de vuestra potencia, y para que tengais vida, y la difundais en todas partes, yo os enviaré mi Espíritu, y permanecerá en vosotros, y sereis llenos de la virtud de Dios (3): yo os llenaré de ese Espíritu que dió su fecundidad á la creacion, para que al eco de la palabra de Dios se desenvolviese con toda su magnificencia. ¡Qué relacion tan admirable, Señores, entre la creacion y la redencion, entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia! ¡Cuán cierto es lo que antes dije, esto es: desde que en el pensamiento divino brilló el misterio del Verbo que debia hacerse hombre para elevarlo todo á Dios, brilló tambien á su lado el plan hermoso de la Iglesia, esposa del Verbo, y ayuda semejante á Jesucristo para la ejecucion de la grande obra, á la que contempla extasiado David, como reina sentada á su diestra, vestida de oro y rodeada de pre-

(1) Matth. XXVIII, 19.

(2) Gen. I, 28.—Eccli. XVII, 4.

(3) Joann. XIV, 17.—Luc. XXIV, 49.

ciosa variedad de adornos, cual conviene á la grandeza á que se ve sublimada (1).

Demos un paso más en el exámen de esta nueva creacion, y siguiendo las ideas de un sábio apologista (2), fijémonos en la materia de que se hace, en su forma, y en el espíritu que la anima. Como en la creacion del hombre escogió Dios para materia de su obra lo más bajo y deleznable, el polvo de la tierra, así en esta creacion nueva escoje lo que hay de más despreciable entre los hombres, dice San Pablo, para que brille mejor la virtud divina (3). Doce pobres y rudos pescadores son la materia primera de la Iglesia: ellos serán los padres de la humanidad regenerada. Pero así como en Adán, cuanto más vil es la materia, tanto más admirable es la forma que recibe puesta en las manos del Creador, así sucede tambien en la Iglesia. Jesucristo, rodeado de innumerable turba, se separa algun tanto de ella, se sienta en el monte, llama á los que él quiere, y escoje doce para que estén con él, y para enviarlos á predicar (4). Estas palabras nos presentan la primera forma y como el boceto de la constitucion de la Iglesia. De entre la primera eleccion hace luego otra segunda, la de Pedro, en quien se consuma la unidad, que es la forma esencial de la Iglesia y de la verdad. «Tú eres Pedro, le dice, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares en la tierra, ligado será en los cielos, y desatado lo que en la tierra desatares.» (5) La víspera de

(1) Psalm. XLIV, 10.

(2) Aug. Nicol., *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, p. 2. c. 12.

(3) I Cor. XXVII, 28.

(4) Marc. III, 13, 14.

(5) Matth. XVI, 18, 19.